

El chivo expiatorio

Daphne du Maurier



John, un profesor inglés de Historia, soltero y de mediana edad, pasa, como todos los años, sus vacaciones en Francia. En Le Mans se encuentra por casualidad con un tipo que es físicamente igual a él. Asombrados por el parecido, se emborrachan juntos y se cuentan sus desdichas. John le habla de su vida solitaria y sin sentido y el otro —el conde Jean Le Gué— le deja entrever que su problema es exactamente el contrario: «Poseo demasiadas cosas. Cosas humanas». A la mañana siguiente, John despierta en un hotel de mala muerte, sus cosas han sido sustituidas por las del conde y un solícito chófer le espera para llevarle a casa. La casa resulta ser un antiguo *château* con foso, torreones y gárgolas... y es así como se encuentra de pronto al frente de una familia escabrosa, un negocio ruinoso y una nueva identidad siempre en peligro de ser desenmascarada.

Daphne du Maurier siempre fue maestra del punto de vista y una virtuosa del arte de la intriga y el incidente. En *El chivo expiatorio* (1957), construyó una novela compleja, llena de suspense y ambigüedades morales, a partir de una de sus situaciones características: la llegada de un extraño a una mansión y su arduo proceso de adaptación a un ambiente de viejos odios, deseos malignos, sospechas y secretos de los tiempos de la ocupación nazi, todo ello contado por el propio extraño. El libro desarrolla asimismo un moderno discurso sobre la identidad como creación de los deseos y expectativas de los otros.

NOTA AL TEXTO

El chivo expiatorio (*The Scapegoat*) se publicó por primera vez en 1957 en Londres (Victor Gollancz Ltd.).

I

 ornament

Dejé el coche al lado de la catedral y bajé las escaleras hasta la Place des Jacobins. Seguía lloviendo a cántaros. No había parado desde Tours y lo único que había visto de esos campos que tanto me gustaban era la superficie lustrosa de la *route national*, cortada rítmicamente por el monótono vaivén del limpiaparabrisas.

Antes de llegar a Le Mans, se intensificó el abatimiento en el que había empezado a caer en las últimas veinticuatro horas. Era inevitable, siempre, al final de las vacaciones; pero esta vez era más consciente que nunca de que el tiempo había pasado muy deprisa, no porque hubiera hecho muchas cosas, sino porque no había conseguido nada. Los apuntes que había escrito para las clases que iba a dar en otoño eran académicos, precisos, con fechas y hechos que después revestiría del lenguaje apropiado para encender una chispa en la torpe cabeza de unos alumnos poco atentos. Sin embargo, aunque lograra captar su inconstante atención media breve hora, al final sabría que nada de lo que les había explicado tendría el menor valor, que solo les habría ofrecido imágenes históricas pintadas de vivos colores: estatuas de cera, marionetas que se pavoneaban interpretando una farsa. No habría captado el verdadero sentido de la Historia porque nunca había estado suficientemente cerca de la gente.

Era muy fácil entregarse a un pasado que fluctuaba entre la realidad y la imaginación, ser ciego al presente. En las

ciudades que mejor conocía, como Tours, Blois u Orléans, me perdía en fantasías, veía otros muros, calles más antiguas, los rincones derrumbados de fachadas de antaño, resplandecientes, más vivos para mí que cualquier edificio verdadero que tuviera delante de los ojos, porque su sombra me proporcionaba seguridad; sin embargo, a la cruda luz de la realidad únicamente hallaba duda y aprensión. En el *château* de Blois podía estar tocando los muros ennegrecidos de hollín y no ver a mil personas que sufrieran y lloraran a unos pocos metros de mí. Porque Enrique III estaría allí conmigo, perfumado y enjoyado, tocándome el hombro con un guante de terciopelo y con un perrito faldero en brazos como si fuera un niño; y el falso encanto de su rostro afeminado se me presentaba con mayor claridad que la máscara del turista boquiabierto que, a mi lado, intentaba sacar un caramelo de una bolsa de papel mientras yo esperaba oír unos pasos, un grito y la muerte del duque de Guise. En Orléans cabalgaba al lado de la doncella o, como el Bastardo^[1], le sujetaba las riendas para que montara mientras oía, igual que lo habría oído él, el clamor, el griterío y el tañido lúgubre de las campanas. O incluso me arrodillaba con ella para orar en espera de las Voces que a veces se me acercaban flotando sin llegar nunca a los confines de la experiencia. Y me iba de la catedral dando traspiés, mirando a mi jovencita medio masculina de ojos puros y fanáticos, cerca de su mundo invisible, hasta que el tiempo me expulsaba al presente en el que ella no era sino una estatua, yo, un historiador indiferente, y la Francia por la que ella había muerto, un país lleno de seres vivos a los que jamás había yo intentado siquiera entender.

La última mañana, al salir de Tours, la insatisfacción por las clases que iba a impartir en Londres y la conciencia de que lo único que había hecho en la vida, no solo en Francia sino también en Inglaterra, era mirar a la gente sin formar parte nunca de su felicidad ni de su dolor me sumieron en un abatimiento tan excesivo, acentuado además por la llu-

via que golpeaba las ventanillas del coche, que, cuando llegué a Le Mans, aunque no había pensado en pararme a comer, cambié de opinión con la esperanza de que me cambiara el estado de ánimo.

Era día de mercado, la Place des Jacobins estaba repleta de camiones y carros con lona verde, aparcados cerca de la escalinata de la catedral, y de puestos hacinados uno al lado del otro. Debía de ser uno de los días de mercado más importantes, porque la plaza hervía de campesinos y todo tenía ese olor inconfundible a verdura y animales que solo podía provenir del suelo embarrado, marrón rojizo y húmedo, y del vaho de las jaulas en las que los animales se movían en incómoda camaradería. Tres hombres empujaban a golpes un buey hacia un camión que estaba a mi lado. El pobre animal iba atado con una cuerda y mugía moviendo la cabeza de un lado a otro, reculando, negándose a subir al vehículo, lleno ya de compañeros que resoplaban atemorizados. Le vi las venas rojas de los ojos desorbitados cuando uno de los hombres le pinchó en el flanco con una horca.

Dos mujeres con pañolón negro discutían junto a una carreta: una sujetaba por las patas una gallina que cacareaba y movía las alas en señal de protesta, rozando con ellas una ancha cesta de mimbre llena de manzanas, en la que la mujer se apoyaba; al mismo tiempo se acercaba a ellas un hombretón con un abrigo de terciopelo de color café, la cara congestionada después de unos cuantos tragos en una taberna cercana, los ojos vidriosos, el paso inseguro. Farfulló para sí al ver las monedas que llevaba en la mano, menos de las que esperaba, muchas menos: seguro que había echado mal las cuentas en algún momento de esa hora perdida entre el calor, el sudor y el tabaco; por eso ahora iba a pelearse con su madre y con su mujer. Me imaginé la granja que sería su hogar, que habría sido de su padre, a dos kilómetros de la carretera, subiendo por una cuesta de tierra clara llena de baches, la casa baja, pintada de amari-

llo limón claro, el tejado de tejas, la granja y las dependencias como un borrón en medio de los campos llanos y marrones, ahora con filas de calabazas amontonadas de color verde lima o rosa salmón, redondas y turgentes, puestas a secar para dárselas de comer a los animales en invierno o hacer sopas para los propios habitantes de la granja.

Pasé de largo y crucé la plaza en dirección a la *brasserie* de la esquina; y de pronto salió un sol pálido en el cielo incierto y el gentío de la plaza, que parecía impersonal, como cuervos, borrones negros bajo la lluvia, se convirtió en animados grumos de color, sonrientes, que gesticulaban y paseaban entre los puestos con renovada tranquilidad mientras el cielo se despejaba y convertía en oro el día gris.

Había mucho público en la *brasserie*, el ambiente estaba cargado de olores apetitosos —a queso en la punta de cuchillos, a salpicaduras de vino, a amargos posos de café— y también rancios, el del paño de los abrigos empapados de lluvia, que empezaban a secarse, y toda la estampa enmarcada en una nube de humo azulado de cigarrillos Gauloise.

Encontré sitio en el rincón del fondo, junto a la puerta de la cocina, y, mientras comía una tortilla en salsa de hierbas que se salía del plato, caliente y apetitosa, la puerta batiente no paraba de abrirse y cerrarse en ambos sentidos, cada vez que los camareros la empujaban con impaciencia, con bandejas cargadas de comida. Al principio, la escena fue un buen *apéritif* para el hambre que tenía, pero después, cuando terminé de comer, resultó más bien molesta para la digestión: demasiadas patatas fritas, demasiadas chuletas de cerdo. Cuando pedí café, la mujer que comía a mi lado seguía llevándose alubias a la boca y hablaba enfurecida con su hermana, protestando por el coste de la vida, sin prestar atención a una niñita pálida sentada en las rodillas de su padre que pedía que la llevaran a las *toilettes*. No paraban de hablar y, a medida que las escuchaba —porque esto era mi único solaz siempre que me lo permiti-

tía la preocupación por la Historia—, apareció de nuevo, por debajo del aparente disfrute, el abatimiento de antes. Yo era forastero, no era uno de ellos. Los años de estudio, los años de práctica, la fluidez con la que hablaba su lengua, enseñaba su historia y describía su cultura no me habían acercado a la gente. Demasiado cohibido, con demasiado celo en mi propia discreción. Mi saber era de biblioteca y mi experiencia cotidiana, tan profunda como el mariposeo de un turista. Sentía la necesidad de conocerlos, y me dolía. El olor del suelo, el brillo de las calles mojadas, la pintura desvaída de los postigos que cerraban las ventanas a las que nunca me asomaría, las fachadas grises de las casas cuyas puertas nunca cruzaría eran un reproche eterno para mí, un recordatorio de la distancia, de la nacionalidad. Otros eran capaces de forzar la entrada y derribar la barreira: yo no. Nunca sería un francés como otro cualquiera, nunca sería uno de ellos.

La familia que estaba a mi lado se levantó y se fue, cesó el ruido, disminuyó el humo y el *patron* y su mujer se sentaron a comer detrás de la barra. Pagué, salí y eché a andar sin rumbo por las calles; la falta de propósito, la mirada errabunda y hasta la ropa —pantalones anchos de franela, grises, y americana de cheviot, vieja y gastada— me delataban como inglés entre la bulliciosa multitud de provincianos en día de mercado que buscaban gangas entre botas de clavos colgadas de cuerdas, delantales de lunares blancos y negros, alpargatas, sartenes y paraguas. Jóvenes risueñas agarradas del brazo, con la permanente recién hecha en la peluquería; viejas que se detenían, observaban, criticaban el precio de los manteles de cuadritos con un movimiento de cabeza y no compraban; chicos de barbilla gris azulado y traje morado que miraban a las chicas y se hacían gestos entre ellos, con el inevitable cigarrillo en los labios: al final del día todos y cada uno volverían a un sitio conocido que llamarían su casa. Los campos silenciosos eran suyos, y el mugido del ganado, el vaho que despren-

día el suelo embarrado, una cocina infestada de moscas, un gato lamiendo leche junto a una cuna y la regañina constante de la anciana abuela mientras su hijo pisotea el lodo del corral con un cubo en la mano.

Entretanto yo, sin pensar en la hora, iría al enésimo hotel desconocido y me aceptarían como a uno de ellos hasta que enseñara el pasaporte británico; y entonces, la inclinación de cabeza, la sonrisa, las auténticas muestras de amabilidad y un encogimiento de hombros con un breve lamento: «Hay muy pocos huéspedes en esta época. Se acabó la temporada alta. *Monsieur* tiene todas las instalaciones a su disposición», dando a entender que sin duda estaría deseando encontrarme con un puñado de animosos compatriotas armados de Kodaks que se intercambiarían fotografías, se prestarían Penguins y se pasarían el *Daily Mirror* unos a otros. Ni los empleados del hotel en el que pasaría una sola noche ni la gente a la que acababa de sortear a codazos en la calle sabrían jamás que lo que deseaba no era la compañía de mis compatriotas, ni la mía siquiera, sino la felicidad, que jamás será mía, de sentirme uno más entre ellos, de haber crecido y estudiado con ellos, de tener con ellos algún vínculo familiar de consanguinidad que reconocieran y entendieran enseguida; y así, viviendo con ellos, poder participar de su risa, hacerme cargo de sus penas, comer de su pan, que ya no sería un pan ajeno, sino suyo y mío.

Seguí andando, empezó a llover otra vez y la gente se dispersó buscando refugio en las tiendas o en los coches y camiones. Nadie pasea bajo la lluvia a menos que tenga algo que hacer, como los hombres serios con sombrero de ala ancha que entraban deprisa en la prefectura con un maletín bajo el brazo, mientras yo seguía sin saber qué hacer en una esquina de la Place Aristide Briand. Entré en Notre-Dame de la Couture, que estaba al lado de la prefectura. No había nadie, solamente una anciana rezando, con lágrimas como perlas en las comisuras de los ojos, abiertos de

par en par, y después, una niña se acercó taconeando a paso rápido por la nave central y encendió una vela en la capilla de una estatua bañada en azul. Entonces, como un abismo de oscuridad, me asaltó la certeza de que debía emborracharme o morir. ¿Hasta qué punto tenía importancia el fracaso? No, quizá, para mi reducido mundo exterior ni para los pocos amigos que creían conocerme; tampoco para las personas que me contrataban ni para los alumnos que asistían a mis clases; ni para los empleados del Museo Británico, que, bondadosos y amables, me daban los buenos días o las buenas tardes; ni para las grises y suaves sombras londinenses entre las que vivía, respiraba y llevaba mi existencia tranquila y respetuosa con las leyes, de académico de treinta y ocho años. Sino para el ser que clamaba por la liberación, para el hombre que llevaba dentro. ¿Qué le parecía a él mi baja cota de lucimientos?

Yo no sabía quién era ese hombre, ni de dónde venía, ni qué necesidades y anhelos podía tener. Estaba tan acostumbrado a negarle la palabra que lo desconocía por completo; pero tal vez tuviera una risa burlona, un corazón alegre, un carácter impulsivo y lenguaraz. No vivía en un piso solitario y forrado de libros; no se despertaba todas las mañanas con la conciencia de no tener familia, ataduras ni responsabilidades; ni amigos ni intereses infinitamente valiosos para él: nada que le sirviera de objetivo y de referencia, que le animara a ganarse el pan de cada día.

Quizá, si no lo hubiera tenido encerrado dentro de mí, se reiría, sería un juerguista, un luchador, un mentiroso. Quizá sufriera, quizá odiara, quizá viviera solo por crueldad. Podía ser un asesino, un ladrón... o quizá dilapidara la vida por causas perdidas, por amor a la humanidad, por una fe que creyera en la divinidad de Dios y en la de la humanidad. En cualquier caso, siempre merodeaba por detrás de la insignificante fachada de ese ser pálido que ahora estaba sentado en la iglesia de Notre-Dame de la Couture esperando a que pasara el aguacero, a que concluyera el día, a

que llegara el final previsto de las vacaciones, a que se instalara el otoño, a que se lo tragara un año más, un lapso de tiempo más, la rutina cotidiana de su vida londinense, tan monótona y normal. La cuestión era cómo abrirle la puerta. ¿Qué palanca podía dar la libertad al otro? No había respuesta... excepto, naturalmente, el alivio confuso y pasajero que podía procurarme una botella de vino en un café antes de montar de nuevo en el coche y volver al norte. Aquí, en la iglesia vacía, la alternativa era rezar; pero, para pedir ¿qué? ¿Que terminara de definir la decisión semiesbozada de ir a la abadía con la esperanza de descubrir qué hacer con el fracaso? Vi recomponerse a la anciana y prepararse para salir guardando el rosario entre las faldas. Ya no lloraba, pero no sé si porque había encontrado consuelo o porque se le habían secado las lágrimas en las mejillas. Me acordé de la *carte Michelin* que tenía en el coche y del círculo azul con el que había señalado la abadía de la Grande-Trappe. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué esperaba encontrar allí? ¿Tendría valor para llamar al timbre del edificio en el que alojaban a los huéspedes? Tal vez tuvieran una respuesta para mí, y una para el hombre que habitaba dentro de mí...

Salí de la iglesia detrás de la mujer. Tuve de pronto ganas de preguntarle si estaba enferma, si acababa de enviudar o si su hijo se estaba muriendo, y si la oración le había renovado la esperanza; pero al cruzar el umbral y alcanzarla —seguía murmurando— se tomó mi expresión ansiosa por caridad de turista y, mirándome de soslayo, tendió la mano para que le diera una limosna; le di doscientos francos despreciándome por mi mezquindad y me alejé, desencantado, a toda prisa.

Ya no llovía. Unas cintas rojas cruzaban el cielo y las calles mojadas centelleaban. La gente volvía del trabajo en bicicleta. El humo oscuro de las chimeneas de las fábricas del barrio industrial parecía negro y hosco sobre el cielo despejado.

Perdí por completo el sentido de la orientación al alejarme de las tiendas y de los bulevares por calles que parecían no ir a ninguna parte, que convergían consigo mismas, dominadas por severos muros de fábricas y altos edificios grises, y comprendí que estaba haciendo algo irracional. Lo mejor sería ir a buscar el coche y un hotel en el centro para pasar la noche o salir de Le Mans de una vez en dirección a Mortagne, hasta la Grande-Trappe. Me sorprendió encontrarme de pronto frente a la estación y me acordé de que la catedral y el coche estaban en la otra punta de la ciudad. Lo lógico era volver en taxi, pero antes tomaría un trago en el bar de la estación y decidiría algo sobre la Grande-Trappe. Crucé la calle; un coche dio un viraje para no atropellarme y después se paró. El conductor se asomó por la ventanilla y gritó en francés:

—¡Hola, Jean! ¿Cuándo has vuelto?

Me confundió, porque me llamo John. Por un momento creí que podía ser alguien a quien hubiera conocido en alguna parte y al que seguramente reconocería, y respondí, también en francés:

—Solo estoy de paso... vuelvo esta noche —preguntándome quién demonios sería.

—Una visita inútil, supongo —dijo el hombre—, pero en casa los engañarás a todos diciendo que ha sido un éxito.

El comentario me pareció ofensivo. ¿Por qué creía ese hombre que mis vacaciones habían sido inútiles? Y ¿qué diantres podía saber de la profunda sensación de fracaso que me embargaba?

Después me di cuenta de que no lo conocía de nada. No lo había visto en mi vida. Me excusé con una inclinación de cabeza y le dije:

—Disculpe usted; creo que estamos los dos equivocados.

Para mi gran asombro se echó a reír, me guiñó un ojo descaradamente y respondió:

—De acuerdo, como si no nos hubiéramos visto. Pero ¿por qué hacer aquí, en Le Mans, lo que se puede hacer mejor en París? Te lo preguntaré el próximo domingo, cuando volvamos a vernos.

Apretó el embrague y, riéndose, se alejó.

Me quedé mirando el coche hasta que desapareció y después me fui al bar de la estación. Si el hombre estaba borracho y de buen humor, mejor para él. Podía seguir su ejemplo. Había mucha gente en el bar. La gente subía al tren o se bajaba. Unos viajeros que no paraban de hablar me echaron de la barra a codazos suaves. Las maletas me rozaron las espinillas. Se oían silbatos, el chirrido ensordecedor de un expreso que entraba se sumó al suspiro atragantado de un tren de cercanías; unos perros con correa ladraban, un niño berreaba. Eché de menos mi coche, aparcado cerca de la catedral, y poder sentarme tranquilamente en él, abrir la guía Michelin y fumar un cigarrillo.

Alguien me dio en el codo justo cuando estaba bebiendo. «*Je vous demande pardon*», dijo, y, al apartarme para hacerle sitio, se volvió y nos quedamos mirándonos; con una extraña sensación de susto, miedo y náusea, me di cuenta de que su cara y su voz me eran terriblemente conocidas.

Me veía a mí mismo.

II

 ornament

No dijimos nada, seguimos mirándonos el uno al otro. Había oído hablar de cosas así, de personas que se encontraban por casualidad y resultaban ser primos perdidos o gemelos separados al nacer; es una idea divertida, o tal vez trágica, como la de *El hombre de la máscara de hierro*.

Nuestro caso no era para reírse, ni trágico tampoco. El parecido me mareó ligeramente, me recordó a esos momentos en los que, al pasar por el escaparate de una tienda, me veía reflejado de repente, y el hombre que me miraba me parecía una caricatura grotesca de lo que, en mi vanidad, creía ser. Estos incidentes me dejaban hecho polvo, dolido, con el ego por los suelos, pero jamás me habían producido un escalofrío como en esta ocasión, ni deseos de dar media vuelta y echar a correr.

Fue él quien rompió el silencio.

—¿No será usted el demonio, por casualidad?

—Eso mismo podría preguntarle yo —respondí.

—Un momento...

Me cogió del brazo, me acercó más a la barra y, aunque el espejo de la pared estaba empañado y parcialmente oculto por vasos y botellas y, además, el reflejo de otras muchas cabezas confundía la imagen, nos vimos juntos sin ningún género de duda, tensos, ansiosos, escrutando la superficie del cristal como si nos fuera la vida en lo que el espejo pudiera decirnos. Y lo que nos dijo fue que el parecido no era casual ni superficial; no había diferencia en el co-

lor del pelo ni en el de los ojos, ni en los rasgos, la expresión, la altura ni la anchura de los hombros: era como si allí se reflejara un solo hombre.

Él dijo (y hasta la entonación me sonó como si fuera la mía):

—Tengo por norma no dejarme sorprender nunca en la vida por nada; no hay motivo para hacer una excepción ahora. ¿Qué le apetece tomar?

Estaba tan perplejo que me daba lo mismo. Pidió dos *finés*^[2] y, los dos a una, nos fuimos a la otra punta de la barra, donde el espejo estaba menos empañado y había menos gente.

Parecíamos actores estudiando el maquillaje, mirándonos en el espejo y después el uno al otro. Él sonrió, yo también; después frunció el ceño y yo lo imité, o, mejor dicho, me imité a mí mismo; se arregló la corbata, me arreglé la corbata; nos bebimos el *brandy* de un trago para ver cómo lo hacíamos.

—¿Es usted rico? —me preguntó.

—No —le contesté—. ¿Por qué?

—Podríamos hacer un número de circo o ganar un millón en un *cabaret*. Si no tiene que coger un tren inmediatamente, le propongo que sigamos bebiendo. —Pidió dos *finés* más. A nadie le llamaba la atención nuestro parecido—. Creen que es usted mi hermano gemelo y que ha venido a la estación a buscarme —dijo—. Y tal vez lo sea. ¿De dónde es?

—De Londres —le dije.

—¿El trabajo lo ha llevado allí?

—No; vivo en Londres y trabajo en Londres.

—Lo que quiero decir es dónde nació, de qué parte de Francia es usted.

Entonces me di cuenta de que me había tomado por un francés igual que él.

—Soy inglés —le dije—, pero he estudiado su lengua.

Enarcó las cejas.